

## APRENDIZAJE Y FORMACIÓN DOCENTE

El aprendizaje es un proceso fundamental pero sumamente complejo en todas las sociedades y en todos los tiempos, incluido el presente. En lo que va de siglo (definido con frecuencia como la era del conocimiento), se ha propuesto un mayor énfasis en el hecho de que aprender consiste principalmente en el desarrollo de potencialidades, competencias y habilidades para resolver problemas, ofrecer soluciones y contribuir con la transformación que exigen las naciones. Ciertamente, se trata de un proceso individual y colectivo, que exige del intercambio permanente y continuo en un contexto de colaboración. Pero no sólo aprenden los estudiantes: para los docentes aprender implica también el esfuerzo continuado en la propia formación a lo largo de sus vidas, porque una de sus tareas fundamentales, la enseñanza, no termina con su paso por las instituciones de formación docente; al contrario, se trata de una labor colmada de complejidades, de continuos cambios, ajustes, críticas, reflexión en y sobre la práctica, todo ello en una dirección dual: el aprendizaje para la enseñanza pero también el aprendizaje para la propia formación del docente. Por tanto, en el proceso de enseñanza, las acciones del docente, deben responder a la transformación de acuerdo con las necesidades de los estudiantes y la planificación de sus respuestas al aprendizaje en sus contextos particulares.

Este modo de concebir la enseñanza como una actividad transformadora se opone al modelo mecanicista centrado en la mera aplicación de técnicas rutinarias y desconectadas de las necesidades de los estudiantes y su contexto, y posiciona a los docentes, por tanto, como investigadores de sus prácticas. Bajo este paradigma, los educadores se convierten en autores de sus propios procesos de formación, observadores críticos de lo que ocurre a su alrededor, sujetos siempre dispuestos a explorar, a partir de estrategias y acciones innovadoras, nuevas formas de enseñar y aprender, dirigidas a transformar las prácticas educativas en experiencias de aprendizaje que divulga y comparte con colegas. Es entonces, a partir de la discusión y reflexión de sus logros y limitaciones, cuando la profesión se revaloriza y cobra sentido y cuando los docentes se constituyen efectivamente en uno de los agentes clave (más importante incluso que ciertas políticas públicas) para lograr la transformación educativa.

De lo anterior se desprende la pertinencia de la formación docente desde los propios espacios educativos y escolares, que es donde la formación permanente o continua adquiere mayor relevancia. Es precisamente en los espacios institucionales y a partir de las necesidades e intereses de los implicados en los procesos formativos donde se logran los cambios y transformaciones. En otras palabras, el docente es (o al menos debe serlo) el protagonista de su formación y el investigador nato de su propia práctica, si es que en realidad se quieren lograr los cambios que exige la educación de este siglo. Diversas investigaciones nos muestran que la asistencia a cursos, talleres y seminarios dirigidos a los docentes resulta tarea vana si no va acompañada de procesos de transformación al interior de las instituciones y en correspondencia con sus características contextuales. Es por ello que hoy día resulta fundamental que se instituyan comunidades de práctica en cada centro escolar y que se promuevan la investigación e innovación como posibilidades que nos aproximen al logro de más y mejores aprendizajes (tanto de los profesionales docentes como de los estudiantes), lo cual, sin duda, contribuirá en gran medida a alcanzar el progreso mediante la educación.

Dadas las exigencias a las que están sometidos los educadores en esta sociedad del conocimiento y del aprendizaje, *Acción Pedagógica* presenta en el dossier *Aprendizaje y Formación Docente* una serie de interesantes artículos que nos invitan a asumir la enseñanza como aprendices y la formación como una experiencia innovadora de cambio constante y de construcción del conocimiento a lo largo de nuestras vidas como formadores,

pues el aprendizaje, en efecto, no ocurre solamente en el aula ni separado del contexto y de la misma práctica. Es por ello que insistimos en la necesidad de establecer la vinculación entre la teoría y la práctica e integrar ambas con la investigación del docente, que debería ser el bastión y columna vertebral donde se fundamenten los cambios que exige y demanda la educación del siglo XXI en nuestro país.

A partir de la integración de la enseñanza, el aprendizaje y la investigación, el docente podrá transformar su práctica hacia la mejora del aprendizaje de los estudiantes. En este sentido, vale la pena acotar que las TIC, eje de la sociedad del conocimiento y cuya importancia en la educación actual resulta incuestionable, no constituyen por sí mismas la panacea para todas las deficiencias y debilidades en la enseñanza ni la solución de nuestra problemática educativa; las TIC, en efecto, son sólo una herramienta, un andamiaje para facilitar la construcción del conocimiento, pero como herramientas al fin, no constituyen un fin en sí mismas y su uso, por tanto, debe responder a una didáctica que justifique las innovaciones pretendidas con tales tecnologías.

El compromiso del docente de esta era, por tanto, debe ser continuar aprendiendo a través de su propia práctica, fundamentar su enseñanza en la investigación sobre sus acciones en el aula e incorporar conscientemente y reflexivamente las TIC como parte de ese proceso. Esperamos muy sinceramente que esta edición de *Acción Pedagógica* sea de ayuda a sus lectores en estos trabajos.

**Carmen Teresa Chacón**  
**Directora**

# Editorial

